

ponen, caminando arriba y abajo, adelante y atrás, estriba la conjunción de las partes del mundo, la cual es necesario que sea sempiterna, con el mismo ornato en que la vemos, ó á lo menos muy duradera, permaneciendo por lejano y casi inmenso tiempo. Cualquiera de estas dos cosas que se admita, es menester confesar que la naturaleza rige el mundo. ¿Qué navegación de armadas, ó qué instrucción de ejército, ó qué procreación de vid ó árboles, ó qué figura de animal, ó qué conformación de miembros, indica la sabiduría de la naturaleza tan bien como el mundo mismo? Así, pues, ó nada hay que sea regido por una naturaleza sensible, ó hemos de confesar que el mundo lo es. Conteniendo en sí todas las demás naturalezas y sus semillas, ¿cómo no ha de estar gobernado él mismo por la naturaleza? Es como si dijéramos que los dientes y la barba existen por naturaleza, pero que el hombre, de quien son estas cosas, no procede de origen natural, no entendiendo que la naturaleza de la causa es siempre mas perfecta que la naturaleza del efecto.

»De todas las cosas naturales es, pues, sembrador y padre, y por decirlo así, educador y alimentador, el mundo, y todas las nutre y contiene, como si fueran miembros y partes suyas.

»Y este ministerio de la naturaleza nada tiene en sí que pueda reprenderse, porque de los elementos que existían se ha hecho lo más excelente que pudo hacerse. Enséñenos alguien si pudo hacerse mejor. Pero nadie lo enseñará nunca, y si algo quieren corregir, ó lo harán peor, ó se empeñarán en lo imposible y contradictorio. Y si todas las partes del mundo están dispuestas de tal suerte, que ni pueden ser mejores para la utilidad, ni más belias para el aspecto, veamos si pudieron ser fortuitas, ó si pudieron llegar

á este estado de cohesión, sin que interviniese el sentido y providencia divina. Si son mejores las obras de naturaleza que las de arte, y el arte no produce nada sin razón, tampoco la naturaleza se ha de tener por ajena de arte. Y si cuando ves un cuadro ó una tabla pintada, tienes que confesar que allí ha intervenido el arte, y cuando ves á lo lejos el curso de un navío, no puedes dudar que se mueve por razón y por arte, y cuando contemplas un reloj de arena ó agua, tienes que comprender que declara las horas por arte y no por acaso, ¿cómo has de creer que carece de entendimiento y de razón el mundo que abraza estas mismas artes y sus artífices y todo cuanto existe? Y si llevara alguien á la Scytia ó á Bretaña aquella esfera que hizo poco ha nuestro familiar Posidonio, describiendo en ella todos los movimientos del sol y de la luna y de las cinco estrellas errantes, de donde resulta la armoniosa revolución del cielo en cada uno de los días y noches, ¿quién dudaría, aun entre aquella barbarie, que esta esfera es obra perfecta de la razón?

»Los Epicúreos, sin embargo, dudan si el mundo del cual todo nace y procede, ha sido obra del acaso ó de la necesidad, ó de la razón y mente divina, y creen que Arquímedes valió más en imitar las conversiones de la esfera que la naturaleza en producirlas, como si en muchas partes no arguyera más perfección y sabiduría el original que el traslado. Y así, aquel pastor de Accio, que nunca había visto una nave, cuando descubrió desde el monte, el divino y nuevo vehículo de los Argonautas, exclamó lleno de admiración y temor: «Con gran sonido y estruendo temeroso se desliza sobre el mar agitado tan estupenda mole; revuelve en torno de sí las ondas; levanta con ímpetu vórtices de espuma; corre precipitada; el piélago la

»moja y la salpica. Parece que es un nimbo que se re-
 »vuelve sacudido, mientras los vientos y las tormen-
 »tas desgajan y arrastran una excelsa roca, ó que los
 »torbellinos arremolinados reciben el choque y la he-
 »rida de las ondas que los embisten. Es el Ponto que
 »quiere ejercer sus estragos en la tierra, ó Tritón que,
 »conmoviendo con el martillo su caverna, vomita,
 »desde lo más profundo de sus raíces, en lo más re-
 »cóndito del undoso estrecho, una mole de piedra á
 »los cielos?»

Duda primero el pastor qué objeto es aquel que por primera vez contemplan sus ojos, pero así que ve á los jóvenes, y oye el marítimo canto, «semejante al estruendo que hacen alegres y bulliciosos los del-fines, lanza á los aires un canto semejante á la melo-día de Silvano.» A la manera que este pastor juzgó á primera vista que tenía delante una cosa inanimada y falta de sentido, y luégo empezó á sospechar por señales más ciertas, qué cosas eran realmente aque-las que le ponían duda: así hubieran debido los filó-sofos, si el primer aspecto del mundo los había con-turbado, considerar luégo sus movimientos definidos y regulares, gobernados por orden eterno é inmuta-ble constancia, y entender que no sólo hay algún habitador en esta celestial y divina casa, sino tam-bién un rector, moderador y arquitecto de obra tan extraordinaria.

»Pero á mí me parece que ni aun sospechan cuán admirable es el conjunto de las cosas celestes y te-rrrestres. En primer lugar, la tierra, situada en medio del mundo, está circundada por donde quiera de aquella animada y respirable naturaleza, que llama-mos aire; nombre griego, pero ya recibido por la cos-tumbre entre nosotros, de tal modo que puede te-nerse por latino. A éste abraza el inmenso éter, que

consta de altísimos fuegos. Tomemos también esta palabra, y digamos en latín éter, como decimos aire; aunque Pacuvio lo interpreta así: «lo que llaman los nuestros cielo, lo llaman los Griegos éter.» Como si no fuera un Griego el personaje que dice esto. Me dirás que habla en latín, mas lo cierto es que nosotros le oímos como si hablara en griego. Pero volvamos á mayores cosas. Del éter se engendra el fulgor de innumerables estrellas, de las cuales es la principal el sol, que todo lo ilustra con su luz clarísima, en muchas partes mayor y más amplia que la tierra toda: á esta siguen las demás estrellas en inmensa magnitud. Y estos focos de llama tantos y tan grandes, no sólo no dañan á la tierra y á las cosas terrestres, sino que aprovechan de tal modo, que si se los moviese de su lugar, abrasarían la tierra con tanto ardor, destruyendo toda moderación y templanza.

»No me admiro que haya alguien que se persuada de que ciertos cuerpos sólidos é individuales son arrastrados por la fuerza de la gravedad, resultando del concurso fortuito de estos cuerpos el mundo hermosísimo que vemos. El que juzga posible esto, también podrá creer que, si se arrojan á bulto innumerables caracteres de oro, con las veintinueve letras del alfabeto, pueden resultar estampados los *Anales de Ennio*. Ignoro si la casualidad podrá hacer que se lea un solo verso. ¿Cómo se atreven á aseverar estos filósofos que, de corpúsculos sin color ni cualidad alguna, que llaman los Griegos ποιότητα, no dotados de sentido, sino juntándose temerariamente y por acaso, resulta un mundo perfecto, ó que nacen y perecen innumerables mundos en todo punto del tiempo? Y si el concurso de los átomos puede producir un mundo, ¿por qué no un pórtico ó un templo, ó una casa, ó una ciudad, cosas todas mucho menos operosas y

de menor trabajo? Tan absurdamente hablan del mundo, que no parece sino que nunca han contemplado este admirable ornato del cielo, que es un lugar tan próximo.

Bien dice Aristóteles: «Si los hombres hubiesen habitado siempre bajo la tierra, en buenos é ilustres domicilios, adornados de estatuas y pinturas, y de todas aquellas cosas que poseen los que llamamos felices, y sin embargo no hubiesen salido nunca sobre la tierra, pero hubiesen alcanzado á oír por fama que existe el numen y potestad de los Dioses; y luego en algún tiempo, abiertas las fauces de la tierra, pudiesen salir de sus recónditos antros á los lugares que hoy habitamos, y viesen de repente la tierra, el mar y el cielo, y conociesen la magnitud de las nubes y la fuerza de los vientos, y el sol, y su grandeza y hermosura, y la eficacia con que produce el día, difundiendo su luz por todo el cielo, y cuando la noche cubriese de sombras la tierra, vieran el cielo todo adornado de astros refulgentes, y las variedades de la luna, ya creciente ya menguante, y su orto y su ocaso, y su curso inmutable por toda la eternidad; tendrían que confesar que hay Dioses y que todas estas son obras suyas.»

«Todo esto dice Aristóteles. Pero nosotros imaginemos unas tinieblas tales como las que dicen que, después de la erupción del Etna, oscurecieron las regiones comarcanas, de tal modo que por dos días no se conocía á nadie, y cuando al tercer día brilló el sol, les parecía á todos haber vuelto á la vida. Pues si nos fuera dado, saliendo de eternas tinieblas, ver de súbito la luz, ¿qué nos parecería el aspecto del cielo? Pero con la costumbre de los ojos se habitúa el alma también, y ya no se admira, ni pregunta la razón de las cosas que ve siempre, como si la novedad aun más

que la grandeza de los objetos debiese excitarnos á inquirir las causas.

»¿Quién llamará hombre á quien, habiendo visto los movimientos tan ordenados del cielo y de los astros, y todo tan sabiamente dispuesto y ligado entre sí, niegue que preside en ellos alguna razón, y que son obras del acaso las cosas que por ninguna prudencia humana podemos entender con qué prudencia se hacen? Cuando vemos moverse un mecanismo cualquiera, v. gr. una esfera, un reloj y otros muchos, no dudamos que son obra de la razón; y cuando vemos moverse el cielo con ímpetu y rapidez admirable, verificando con tan extraordinaria regularidad sus revoluciones anuales, para salud y conservación de cuanto existe, ¿dudamos no sólo de que todo esto sea obra de la razón, sino de alguna razón excelente y divina? Lícito es, pues, apartada toda sutileza de disputa, contemplar en cierto modo con los ojos la hermosura de aquellas cosas que decimos constituidas por divina providencia.

»Y en primer lugar, contemplemos la tierra misma, colocada en medio del mundo, sólida y esférica y por todas partes sustentada en sí misma, vestida de flores, hierbas, árboles y mieses, cuya increíble multitud sólo puede compararse con su insaciable variedad. Añádanse á esto las fuentes heladas y perennes, las transparentes linfas de los ríos, la verde vestidura de sus riberas, la cóncava profundidad de las cavernas, la aspereza de los peñascos, la altura de los montes que parecen siempre en amenaza, la inmensidad de los campos, las recónditas venas de oro y de plata y la infinita cantera del mármol. Y luego ¿qué variedad de bestias, ya mansas, ya fieras, qué vuelo y canto de aves, qué pastos para el ganado, qué vida en las selvas! ¿Y qué diré del género humano, que consti-

tuído en señor de la tierra, no consiente que sea devastada por la inhumanidad de las bestias feroces, ni por el jaral ni la maleza, sino que hace brillar con sus obras campos, islas y costas, cubriéndolas de techos y ciudades! Si pudiéramos contemplar con los ojos toda la tierra, como la contemplamos con el espíritu, nadie dudaría que una razón divina la gobernaba.

»Y cuánta es la hermosura del mar, cuál su aspecto, qué multitud y variedad de islas, qué amenidad de playas y riberas, cuántos géneros y cuán desemejantes de bestias, unas sumergidas, otras fluctuantes y nadando, otras adheridas á la roca por su nativa coraza! El mismo mar de tal modo apetece á la tierra y la ciñe con sus brazos, que de las dos naturalezas parece resultar una sola.

»Al mar se avecina el aire, y éste unas veces se eleva difundido y tenue, y otras veces se condensa en nubes, y recogiendo el humor, acrecienta la tierra con las lluvias; otras veces corriendo acá y allá, produce los vientos, y las variedades anuales de calor y de frío. Él sostiene el vuelo de las aves, y la respiración alimenta y sustenta á los animales.

»Resta como último término del mundo, y el más separado de nuestro domicilio, el éter que todo lo ciñe y rodea, en el cual de un modo admirable prosiguen su curso ordenado y definido las formas ígneas. Entre las cuales el Sol, cuya grandeza excede en mucho á la de la Tierra, se mueve en torno de ella, y al nacer y al morir produce el día y la noche, y unas veces acercándose, otras veces retrocediendo, hace cada año dos reversiones contrarias desde el extremo, en cuyo intervalo, unas veces contrae la Tierra con cierta tristeza, otras veces la alegra, como si quisiera compartir su júbilo con ella. La Luna, que es, como lo

prueban los matemáticos, mayor que la mitad de la tierra, recorre el mismo espacio que el Sol; pero unas veces se encuentra con él, otras se aparta, y aquella luz que recibió del Sol la envía á la Tierra, y tiene ella misma varias mutaciones de luz, y unas veces opuesta al Sol, oscurece sus rayos y su lumbre; otras veces entrando en la sombra de la Tierra, cuando está enfrente del Sol, desfallece por la interposición de la Tierra. Y en los mismos espacios, aquellas estrellas que llamamos errantes giran en torno á la Tierra, y del mismo modo nacen y mueren: y sus movimientos, ora se aceleran, ora se retardan, ora se detienen. Nada puede haber más admirable y hermoso que este espectáculo. Síguese gran multitud de estrellas errantes, las cuales se distinguen de tal modo que han recibido sus nombres conforme á la semejanza de sus figuras bien conocidas.»

Al llegar á este punto volvió los ojos Balbo hacia mí y me dijo: «Usare de aquellos versos de Arato que tradujiste cuando joven, y que por ser latinos, me deleitau tanto que conservo muchos de ellos en la memoria. Dire lo primero que, según nos manifiestan asiduamente los ojos, sin ninguna mutación ni variedad,

Con rau'o giro los celestes astros
Llevan en pos las noches y los días.

De la contemplación de los cuales nunca puede saciarse el ánimo, codicioso de ver la constancia de la naturaleza,

Y del doble quicial los dos extremos,
Que apellidamos polos.....

»Giran en torno las dos Osas que nunca mueren:

A una llaman los Griegos Cynosura,
A otra apellidan Helix.

Cuyas clarísimas estrellas todas las noches vemos, y que suelen llamar los nuestros *Siete Triones*.

»Con igual número de estrellas distribuidas de un modo semejante, recorre el mismo vértice del cielo la pequeña Cynosura:

De ésta fían su suerte los Fenicios
En el profundo mar: ella los guía,
En tenebrosa noche; pero luce
Más fúlgida y distinta la primera,
Irradiando á lo lejos su corona;
Mas la pequeña al navegante es útil,
Porque en curso interior y breve círculo
Su movimiento lleva.

»Y para que sea más admirable el aspecto de estos astros,

Entre ellos como rápido torrente
Serpentea el Dragón: revuelve torvo
Las flexiones inmensas de su cuerpo.

»Aunque toda su figura es admirable, lo es sobre todo la forma de la cabeza y el ardor de los ojos:

Y no una estrella sola orna su frente,
Sino doble fulgor arde en sus sienas,
Y dos fervidas lumbres en sus ojos,
Y otro celeste ardor brilla en su barba.

»Y el resto del cuerpo del Dragón, que todas las noches vemos

Eleva de repente la cabeza,
Y la esconde de nuevo. y el ocaso
Y el orto se confunden en un punto.
Como imagen llorosa, vaga en torno
La que llaman los Griegos Eugonasis.
Porque está sustentada en sus rodillas:
Orna su espalda que el dolor abate,
De espléndido fulgor una corona,

»Cerca de su cabeza vemos la Anguitenens, que llaman los Griegos Ophiucho:

Con ambas manos á la sierpe oprime,
Que religa su cuerpo y le sujeta,
Cercando del varón el firme pecho;
Pero él la huella con potente brío,
Y oprime con los pies ojos y pecho
Del rápido Nepao.....

»A los siete Triones sigue:

Arctophilax, que llaman el boyero,
Que por la lanza de su carro unida
Lleva ante sí la Osa.

»A éstas siguen otras estrellas:

Fija bajo la entraña del Bootes
Está la estrella de radiante lumbre,
Insigne con el nombre del Arturo,

a quien sigue

La de espléndido cuerpo, ilustre Virgen.

»Y de tal manera están concertados y medidos estos signos, que en todos sus movimientos aparece la divina sabiduría:

Bajo el Arctos verás en la cabeza
Los dos Gemelos, y en el medio el Cáncer,
Y á sus pies el León, que de su cuerpo
Trémula llama con furor sacude.
A la izquierda de Géminis camina
El Auriga, y enfrente truculenta
La Hélice levanta su cabeza:
El hombro izquierdo la esplendente Cabra,
Grande é ilustre signo: muy pequeño
Es el que dan al mundo los Cabritos:
Yace á sus pies con formidable cuerpo
El cornífero Toro.

»En su cabeza brillan numerosas estrellas, que los Griegos suelen llamar Hyadas, de llover, porque *ucis* es llover; los nuestros las llaman impropriamente *sá-cular*, como si el nombre estuviese tomado de *suibus* (cerdos) y no de *imbribus* (llover). Al Septentrión le sigue por la espalda el Cepheo con las palmas tendidas. A éste antecede

La oscura entre los astros Casiopea.
 No lejos, con su cuerpo refulgente,
 Andrómeda, esquivando de su madre
 El fiero aspecto, lúgubre camina.
 Toca su frente el volador Caballo,
 Sacudiendo las crines rutilantes:
 En forma doble, en resplandores uno,
 Quiere juntar en perdurable lazo
 Sus dobles astros. Retorcidos cuernos
 El Aries muestra en la región cercana.
 Luego los Pece, más veloz el uno,
 Y que más se desliza y más se oculta
 Del Aquilón en las horrendas auras.
 A los pies de la Andrómeda Perseo,
 A quien hieren los vientos despedidos
 De la región aquilonar postrera.
 La suave luz de las Vigilias tenues
 A la izquierda verás: la Fe les sigue,
 Y luego tiende el Aguila sus alas
 Por la abierta extensión del vago Cielo.

»A la cabeza del Caballo se aproxima la diestra del Aquario, y luego todo el Aquario, á quien sigue,

En orbe grande y semihero cuerpo
 El Capricornio exhala aliento helado
 Del poderoso pecho. Y si le viste
 Con su perpetua luz Titán radiante,
 En el tiempo brumal, tuerce su carro.

»Luego podemos contemplar

..... Cuál del profundo
 Emerge el Scorpión, y arrastra el arco
 Deblado de su cuerpo por la fuerza,

Que carga hacia la cola: en torno vuela
Ave de ardiente cuerpo y bellas plumas.

»Luégo el Delfín, y en pos de él

Orión de oblicuo rutilante cuerpo.

»Siguiéndole inmediatamente,

Férvido el Can refulge con sus astros.
Luégo la Liebre que su presa sigue
Con no cansado, indeficiente curso.
A la cola del Can la Sierpe Argos
Se desliza enroscándose: la hieren
Aries y Piscis de escamoso cuerpo,
Y con su forma refulgente toca
Las orillas del río, que manando
A lo lejos verás en ancho cauce:
Los Vinculos verás, que á Piscis atan
Sujetando sus colas: y la cumbre
De la brillante Nepa: el Ara sacra,
Que halaga el soplo austral manso y benigno.
Luégo el Centauro, que su parte quiere
De caballo ocultar, y truculento
La víctima destroza sobre el ara,
Tendiendo el brazo, por do el cuerpo ingento
Del cuadrúpedo vasto se dilata.
De la parte inferior surge la Hidra,
Tendida en largo espacio: la Cratera
En medio de su seno resplandece.
Brillante el Cuervo, de emplumada forma,
La hiere con el pico.....

»Toda esta descripción de las estrellas, ¿quién que esté en su juicio podrá imaginar que se formó así cuerpos reunidos acá y allá por el acaso y la fortuna! ¿Cómo la naturaleza, falta de entendimiento y de razón, pudo hacer tales cosas, que no sólo exigieron razón para ser hechas, sino que apenas pueden entenderse sin grande ejercicio de ella?

»Y no es esto sólo lo admirable, sino que lo es mucho más la estabilidad del mundo, y de tal manera

están unidas sus partes para durar, que nada más perfecto puede imaginarse. Todas ellas, tendiendo igualmente al centro, se mantienen en equilibrio. Y no sólo se unen las partes de cada cuerpo entre sí, sino que hay cierto vínculo que liga los cuerpos unos con otros, lo cual hace la misma naturaleza, que se difunde por todo el mundo, gobernándolo todo con prudencia y razón, llevando los cuerpos hacia el centro, y poniendo en relación los extremos.

»Por lo cual, si el mundo es esférico, y por esta causa todas sus partes están en equilibrio, y se sostienen ellas por sí y entre sí, es necesario que lo mismo suceda á la tierra, es decir, que tendiendo todas sus partes al centro (como acontece en la esfera) no se atravesase nada que pueda desequilibrar esta gravedad y peso. Y por la misma razón el mar, que está sobre la tierra y tiende al centro de ella, es también un globo en equilibrio, que ni redunda ni se derrama.

»Tocándola el aire, se eleva mucho por su ligereza, pero, sin embargo, se difunde por todas partes. Y así está continuado y unido al mar, y por naturaleza tiende al cielo, con cuya tenuidad y calor se temple, y da á los animales vital y saludable espíritu. Abrazando al aire la parte más elevada del cielo, que llamamos éter, retiene su ardor tenue y sin mezcla, y se junta con la extremidad del aire.

»En el éter giran los astros, que por su misma forma y figura se mantienen en equilibrio, porque son redondos, cuya forma, como antes creo haber dicho, es la más perfecta de todas. Las estrellas son por su naturaleza ígneas, y se alimentan con los vapores de la tierra, del mar y de las aguas, que el sol levanta de los campos abrasados y de las corrientes. Las estrellas y todo el éter, alimentados y renovados con estas exhalaciones, las refunden y vuelven á man-

darlas en otra forma, de tal modo que nada perece, á no ser lo muy poco que consume el fuego de los astros y la llama del éter. Por lo cual los nuestros juzgan que llegará á suceder aquello de que Panecio dudaba, según dicen, esto es, que el mundo perecería por el fuego cuando, consumido el humor, ni la tierra pudiera alimentarse, ni tampoco el aire, por haber quedado exhausta toda el agua, y por consiguiente que nada quedaría sino el fuego, que de nuevo, como sér animado y como Dios, haría la renovación del mundo, con el mismo ornato en que hoy le vemos.

»No quiero pareceros prolijo en la relación de las estrellas, principalmente de las que llaman errantes, cuya armonía, tejida de movimientos desemejantes, es tal, que cuando se refrigera el orbe extremo de Saturno, se enciende el de Marte, que está en medio, se ilumina y temple el de Jove, y después de Marte otros dos planetas obedecen al Sol, y el Sol llena todo el mundo con su luz, é iluminada por él la Luna, nos trae la fertilidad y la abundancia, y engendra y da el sér á todas las cosas. Esta armonía y ordenada composición del mundo que conspira á su conservación es tan admirable, que quien por ella no se convenza, dudo mucho que llegue á entender ninguna de estas cosas.

»Pasemos ahora de las cosas celestes á las terrestres. ¿Hay algo en ellas en que no aparezca la razón de una naturaleza inteligente? En primer lugar, las raíces que nacen de la tierra dan estabilidad á la planta que sustentan, y de la tierra sacan el jugo para alimentar el contenido de sus raíces, y las plantas están encerradas en la vaina ó en la corteza del tronco, para defenderse del frío y del calor. Las vides con sus vástagos aprehenden los sustentáculos, como si fuese con manos, y se levantan como los animales.

Y aun se dice que tienen tal horror á ciertas legumbres pestíferas y nocivas, que no las dejan crecer á su lado, aunque se siembren.

¡Cuánta es la variedad de los animales! ¡Cuánta la sabiduría que los mantiene á cada cual en su género! Unos están cubiertos de cuero, otros vestidos de vello, otros hirsutos con espinas, unos provistos de pluma, otros de escama, unos armados de cuernos, otros tienen piernas ligerísimas. Además, á los animales les proporcionó la naturaleza larga y copiosamente el pasto, según que á cada cual convenía. Recordemos ahora qué variedad hay en las figuras de los animales, y cuán sabia y sutil es la distribución de sus partes y cuán admirable la fábrica de sus miembros. Todas las partes interiores del cuerpo están distribuídas y colocadas de tal modo que ninguna parezca superflua, sino muy necesaria para la conservación de la vida. Dió la misma naturaleza á las bestias el sentido y el apetito, para que con el uno tendiesen al pasto natural, y con el otro separasen lo pestífero de lo saludable. Y así unos animales vienen al pasto andando, cuáles volando, cuáles nadando. Y el alimento unos le cogen con la boca abierta y con los dientes, otros le agarran con las tenaces uñas, otros con el corvo pico, unos le chupan, otros le despedazan, unos le devoran, otros le mastican. Y es tanta la humildad de otros, que picotean la comida en la tierra; los más altos, como los gansos, los cisnes, las grullas ó los camellos, se ayudan con el largo cuello. Y á los elefantes fué dada la trompa, porque la magnitud de su cuerpo les hacía difícil el acceso al pasto.

»Y á las bestias que tenían que alimentarse de otras bestias, les dió la naturaleza ó fuerzas ó rapidez. A algunas les dió tambien maquinación y prudencia, y así entre las arañas unas tejen redes para coger lo que

en ellas caiga, y otras están en observación y acecho, para sorprender y consumir lo que cerca de ellas pasa. La que llaman los Griegos *Pinna*, y es una concha de dos valvas grandes, toca una pequeña esquila, para llamar á sus compañeras á la comida. Y así cuando los pececillos pequeños entran nadando en la abertura de la concha, la *Pinna*, advertida por la esquila, cierra con rápido movimiento las dos valvas. De esta manera, bestezuelas muy desemejantes buscan en común el alimento; y es muy de maravillar, ora se reúnan ellas mismas para esto, ora las haya congregado desde el principio la misma naturaleza. Y es también cosa admirable lo que acontece con algunas bestias acuáticas que nacen en tierra, v. gr., los cocodrilos y las tortugas fluviátiles, y algunas serpientes nacidas fuera del agua, las cuales, así que pueden sostenerse, corren al río. Y acontece alguna vez que ponemos á las gallinas huevos de ánades, y los pollos nacidos de estos huevos son fomentados y criados por las gallinas; pero las dejan y huyen de ellas, en cuanto llegan á ver el agua, que es su natural elemento. Tanto deseo de su conservación puso la naturaleza en los animales.

También he leído que existe un ave llamada *platalea*, la cual se busca la comida volando tras de las aves, que se sumergen en el mar; y cuando vuelven á salir con algún pez, ella muerde y oprime tenazmente las cabezas de ellas, hasta que sueltan la presa, de que inmediatamente se apodera. Y de esta misma ave escriben que suele tragar muchas conchas, y después que las ha calentado con el calor del estómago, vomitarlas, y elegir así entre ellas las que son comestibles. Dicen que las ranas marinas suelen cubrirse de arena, y tenderse junto al agua, para que vengan los peces al cebo, y entonces los tragan y devoran. El

milano tiene guerra natural con el *cuervo*. Y así, cuando el uno coge los huevos del otro, los quiebra siempre.

»¿Y cómo no admirar algunas de las muchas observaciones que trae sobre este punto Aristóteles? Cuando las grullas atraviesan el mar para buscar tierras más calientes, hacen la figura de un triángulo. Con el vértice impelen el aire que se les opone, y luego por los lados se valen de las plumas como de remos. La base del triángulo que hacen las grullas es como la popa, ayudada por los vientos, y ellas van poniendo el cuello y la cabeza en la espalda de las que vuelan delante, y como el guía no puede hacer esto, porque no tiene dónde sostenerse, descansa por algún tiempo y deja de volar el primero. Le sustituye otro de los que ya descansaron, y la misma alternativa conservan en todo el viaje.

»Muchas cosas semejantes podría yo referir, pero basta haber indicado las más generales. Otras son mucho más conocidas, v. gr. cuenta diligencia ponen las bestias en custodiarse, en el pasto, en el sueño, y otras maravillas grandes.

»¿Y qué diremos de lo que ahora poco, es decir, algunos siglos ha, descubrió el ingenio de los médicos? La Ibis egipcia cura á los perros con el vómito. Y hemos oído que las panteras, á quienes los bárbaros cogen con carne envenenada, saben cierto remedio para no morir; y que las cabras salvajes de Creta, cuando son heridas por flechas enherboladas, buscan una hierva que se llama *díctamo*, y en habiéndola gustado, se les caen del cuerpo las saetas. Y las ciervas poco antes del parto se purgan con cierta hierba que llaman *seselis*. Y además vemos que todo animal se defiende contra la fuerza y la violencia con sus propias armas: el toro con los cuernos; el jabalí con los dicutes; el león con las garras; unas bestias con la

fuga, otras ocultándose: las Sepias derramando tinta, y la Torpedo paralizando los miembros. Muchas con su intolerable hedor ahuyentan á los que las persiguen.

»Para que fuese perpetuo el ornato del mundo, tuvo gran cuidado la providencia de los Dioses de que siempre hubiera todo género de bestias y de árboles, y de todas las cosas que son alimentadas por la tierra y nacen de raíces y de estirpes. Todas las cuales tienen en sí tal fuerza de semilla, que de una sola se engendran muchas, y esta semilla está encerrada en la parte íntima de las bayas que nacen de cada estirpe, y de estas semillas se alimentan en gran parte los hombres, y la tierra se renueva con estirpes del mismo género.

»¿Y para qué he de explicar la razón admirable que guía á las bestias en la conservación de su propio género? Porque en primer lugar hay machos y hembras, y además, las partes del cuerpo están admirablemente ordenadas para la procreación y para la concepción, y en el macho y en la hembra hay extraordinario ardor por juntar sus cuerpos. Y cuando la semilla se ha fijado en su lugar, lleva hacia sí todo alimento, y acrecentada con él va elaborando un animal, el cual así que rompe la clausura del útero (hablo de los animales que se alimentan con leche), todo alimento de las madres empieza á convertirse en leche, y los que ha poco nacieron, sin maestro ni más guía que la naturaleza, apetece los pechos, y de su abundancia se saturan. Para que entendamos que ninguna de estas cosas es fortuita, sino obra todo ello de una sabia y prudente naturaleza, los animales que procrean gran número de fetos, como los cerdos y los perros, tienen multitud de mamas; así como tienen pocas las bestias que engendran pocos fetos. ¿Y qué diré del amor de

las bestias en educar y custodiar lo que procrearon, hasta que sus hijuelos puedan defenderse por sí mismos? Sólo los peces, según se dice, abandonan los huevos así que los han engendrado, porque fácilmente se sostienen y reproducen en el agua.

»De las tortugas y los cocodrilos dicen que, después del parto, cubren los huevos con arena y se retiran, y que de esta manera ellos nacen y se educan por sí mismos. Las gallinas y las demás aves buscan un lugar seguro para parir, y se preparan un lecho y un nido, y los abrigan cuanto pueden, para que se conserven más fácilmente los huevos. Y cuando los pollos han roto el cascarón, los amparan con las plumas para que no los hiera el frío, y si los molesta el calor del sol, se ponen delante. Y cuando los pollos empiezan á usar sus plumas, las madres van siguiendo su vuelo, libres ya de todo otro cuidado.

»Contribuye á la conservación y salud de algunos animales, y de otras cosas que la tierra engendra, la sabiduría y diligencia de los hombres. Hay muchos animales y muchas plantas que no podrían vivir sin el cuidado de los hombres. En algunas partes ofrece la naturaleza comodidades grandes para la abundancia y cultura humanas. El Nilo riega el Egipto, y después de haberle tenido oculto y sumergido durante todo un estío, se retira, y deja en los campos un limo fecundo, para que se pueda sembrar. A la Mesopotamia hace fértil el Eufrates, fecundando, por decirlo así, cada año nuevos campos. El Indo, que es el mayor de todos los ríos, no sólo refresca y mitiga con el agua los campos, sino que además los siembra, porque dicen que arrastra consigo gran multitud de semillas semejantes al trigo. Otras muchas cosas de distintos lugares podría yo referir, muchos campos fértiles, cada cual de distintos frutos.

»Pero ¡cuánta es la generosidad de la naturaleza, que engendró tantos frutos para comer, tan varios y tan agradables, y no todos en una sola estación del año, para que nos deleitemos siempre con su novedad y abundancia! ¡Qué vientos Etesios tan saludables, no sólo á los hombres, sino también á los animales y á todo lo que nace de la tierra! Con su soplo se templó el calor excesivo, y ellos dirigen con certeza el curso de la navegación. Muchas cosas tengo que omitir, y eso que digo no pocas. ¿Quién enumerará las ventajas de los ríos, el flujo y reflujo del mar, los montes vestidos y silvestres, las salinas remotísimas de la costa marítima, las tierras llenas de medicamentos saludables, y, finalmente, las artes sin número, necesarias para el alimento y para la vida? La sucesión del día y de la noche conserva los animales, concediéndoles un tiempo para crecer y otro tiempo de descanso. Y así, por todas razones se deduce que una razón y un entendimiento divino rigen toda esta admirable máquina del mundo, para salud y conservación de todos.

»Ahora preguntará alguno: ¿por causa de quién fué ordenada la máquina de tantas cosas? ¿Por causa de los árboles y hierbas que, aunque no tienen sentido, forman parte de la naturaleza? Sería absurdo pensar esto. ¿Por causa de las bestias? No es probable que los Dioses hayan trabajado tanto por causa de seres mudos y sin inteligencia. ¿Para quiénes habrá sido, pues, creado el mundo? Sin duda para los animales racionales. Estos son los Dioses y los hombres, cuya excelencia es superior á todo, porque nada hay más excelente que la razón. Y así es creíble que por causa de los hombres y los Dioses haya sido hecho el mundo y todas las cosas que en él son. Y más fácilmente entenderemos la providencia de

los Dioses inmortales con la humanidad, si consideramos toda la fábrica del hombre y la perfección y la figura de la naturaleza humana. Constando la vida de los animales de tres cosas, comida, bebida y respiración, para todas estas funciones es muy apta la boca, á la cual ayudan las narices para recibir el aire.

»La boca está sembrada de dientes, con los cuales se masca, muele y tritura el alimento. Los que están de frente, que son los más agudos, muerden y dividen los manjares; los más internos los deshacen, ayudándoles en esta operación la lengua. Con las raíces de la lengua comunica la abertura del exófago, por la cual se deslizan los alimentos ya masticados; tocando de una parte y otra las *amygdalas*, termina en la extremidad inferior del paladar. Cuando el exófago recibe el alimento movido y sacudido por la agitación de la lengua, se dilatan las partes del tubo digestivo, que están debajo de lo que se devora, y las que están encima se contraen.

»Pero como la arteria que los médicos llaman áspera tiene una entrada junto á las raíces de la lengua, muy cerca de la abertura del exófago, y como esta arteria llega á los pulmones y recibe el aliento vital, y luego le devuelve en la respiración, está cubierta con cierta válvula, que le fué dada para que la respiración no se impidiese entrando en ella alguna cantidad de alimento. Y como la naturaleza del vientre, que está después del exófago, consiste en ser receptáculo de la comida y la bebida, mientras que los pulmones y el corazón tienen por objeto recibir y devolver el espíritu vital; hay en el vientre muchos maravillosos efectos que dependen, en gran parte, de los nervios. Es múltiple y tortuoso, y recibe y contiene cuanto en él cae, ya sea árido, ya húmedo, para que

pueda modificarse y cocerse, y unas veces se estrecha, otras veces se relaja, y todo lo que recibió, lo mezcla y confunde, para que así más fácilmente, con el gran calor que tiene, y además con el espíritu animal, se dividan por todo el cuerpo los alimentos, después de cocidos y confeccionados.

»En los pulmones hay cierta raridad y blandura semeiante á esponjas, muy á propósito para recibir el aire, y unas veces se contraen aspirando, otras se dilatan, para que más fácilmente penetre el aire, que es el principal alimento de los animales. Desde los intestinos y el vientre desciende al hígado el jugo alimenticio separado del resto del alimento, y se comunica por ciertas vías que van desde el intestino medio hasta las que se llaman puertas del hígado, y se adhieren á él, y hay otras vías por las cuales cae el alimento elaborado ya por el hígado. Y cuando de este jugo se ha separado la bilis y los humores que se derraman de los riñones, todo lo demás se convierte en sangre, y afluye á las puertas del hígado, á donde todas estas vías concurren, por las cuales deslizándose el jugo, entra en la vena cava, y por ella, ya utilizado y preparado, resbala hasta el corazón, y desde el corazón se distribuye por todo el cuerpo en venas innumerables, que tocan á todas sus partes.

»Cómo las reliquias del alimento son arrojadas, relajándose ó constriñéndose los intestinos, no es cosa difícil de declarar, pero lo omito, porque sería razonamiento nada agradable. Expliquemos más bien la increíble fábrica de la naturaleza. El aire que se comunica en la respiración á los pulmones, se calienta primero por el contacto de los mismos pulmones, y una parte de él se devuelve en la respiración; otra se encierra en uno de los ventrículos del corazón. Al otro afluye la sangre del hígado por la vena cava. De esto

modo la sangre se derrama en todo el cuerpo por las venas, y el espíritu por las arterias. Unas y otras, en igual número, y entretrejidas por todo el cuerpo, demuestran la maravillosa sabiduría de esta obra artificiosa y divina.

»¿Y qué diré de los huesos que, sirviendo de esqueleto al cuerpo, tienen admirables comisuras, dispuestas para la estabilidad, y acomodadas al movimiento de los miembros y á toda acción del cuerpo? A esto pueden añadirse los nervios, y su red tendida por todos los miembros, partiendo del corazón, como las venas y las arterias.

»A esta providencia tan diligente y tan sabia de la naturaleza, pueden añadirse muchas cosas, que claramente demuestren cuántas y cuán excelentes cosas han sido concedidas á los hombres por Dios. En primer lugar los levantó de la tierra, erguidos y en disposición de mirar al cielo, para que pudiesen adquirir el conocimiento de los Dioses. Están los hombres en la tierra, no como habitantes y moradores, sino como espectadores de las cosas superiores y celestiales, cuyo espectáculo á ningún otro género de animales pertenece. Los sentidos, intérpretes y nuncios de las cosas, están colocados en la cabeza, como en un alcázar: posición muy acomodada para el uso que han de desempeñar. Los ojos, como espías, ocupan el lugar más alto, para que puedan, viéndolo todo, cumplir con su oficio. Los oídos, como deben percibir el sonido, que naturalmente va hacia lo alto, están colocados en la parte más alta del cuerpo. Y también las narices están hacia arriba, porque todo olor asciende á la parte superior. Y como ellas tienen grande importancia, para juzgar del alimento y de la bebida, no sin causa están vecinas de la boca. El gusto, que debe distinguir la calidad de los alimentos,

habita en aquella parte de la boca por donde la naturaleza abrió el camino del alimento y de la bebida. El tacto está derramado con igualdad por todo el cuerpo, para que podamos sentir todas las impresiones, y los impulsos extremados del frío y del calor. Y así como en los edificios el arquitecto aparta de los ojos y de las narices de los dueños todo lo que con sus emanaciones puede molestarlos, así la naturaleza ha puesto estas cosas muy lejos de los sentidos

»¿Y qué artífice fuera de la naturaleza, que es más ingeniosa que todos, pudo poner tanta sabiduría en la fábrica de los sentidos? Ella, en primer lugar, vistió y circundó los ojos de membranas sutilísimas, y las hizo transparentes, para que con ellas pudiera verse, y les dió al mismo tiempo firmeza y resistencia en su tejido. Hizo los ojos resbaladizos y movibles, para que se apartaran de lo que pudiera perjudicarlos, y para que volviesen fácilmente el aspecto á donde quisieran. La misma pupila con que vemos es tan pequeña, que fácilmente evita lo que pueda molestarla. Y los párpados, que son la cubierta de los ojos, blandísimos al tacto, para que no hieran la vista, están sabiamente dispuestos para abrir y cerrar las pupilas, de modo que nada caiga dentro de ellas, y una y otra cosa pueden hacerse con extraordinaria rapidez. Los párpados están ceñidos de un vallado de pelos, para impedir que caiga nada en los ojos abiertos; y durante el sueño, cuando no necesitamos los ojos para ver, sirven las pestañas para que los ojos descansén, como envueltos en ellas. Las cejas rechazan el sudor que cae de la cabeza y de la frente. Y por la parte inferior defienden el ojo las mejillas levemente alzadas. La nariz está colocada de tal modo que parece un muro entre los dos ojos. El oído está abierto siempre, porque necesitamos de este sentido cuando dormidos, y

en recibiendo el sonido nos despertamos del sueño. Sus conductos son tortuosos para que no pueda entrar nada, como entraria si fuesen llanos y directos. Y si alguna bestezuela intentase penetrar, se quedaria pegada en la cera de los oídos, como en una viscosidad. Fuera sobresalen las orejas, que sirven para cubrir y defender el sentido, y para que las voces no se pierdan errantes, antes de llegar á él. Su entrada es dura y casi córnea, y con muchas vueltas y revueltas, y al pasar por ellas se amplifica el sonido, como acontece en la *tes'udo* ó en el cuerno, y en los lugares tortuosos y encerrados. De igual modo las narices, que siempre están abiertas por su necesidad constante, tienen estrecha la entrada, para que no llegue á ellas nada que pueda molestarlas, y tienen siempre un humor no inútil para ahuyentar el polvo y otros muchos elementos extraños. El sentido del gusto está defendido y encerrado por la boca.

»Todo sentido de los hombres excede en mucho al de las bestias. Los ojos humanos son los únicos que pueden juzgar de las artes que consisten en figuras pintadas, esculpidas y cinceladas, ó en el movimiento y gesto del cuerpo, en la hermosura, orden y proporción de los colores y de las figuras: y hasta juzgan y distinguen de otras cosas mayores. Conocen las virtudes y los vicios, la ira y la mansedumbre, el placer y el dolor, la fortaleza y la cobardía, la audacia y la timidez. También es admirable y artificioso el ministerio de los oídos, que discernen, en la voz y en los instrumentos y cuerdas, la variedad de sonidos, la distinción de los intervalos, y las especies de la voz: canora, opaca, suave, áspera, grave, aguda, flexible, dura: lo cual sólo pertenece al juicio de los oídos. Las narices son jueces también, así del gusto como del tacto. Para gozar de estos sentidos, se han inventado

muchas más artes que las que yo quisiera, y es claro que de aquí han procedido las composiciones de unguentos, los condimentos de manjares y los regalos del cuerpo.

»Y quien no vea que el alma misma y el entendimiento del hombre, y la razón y la prudencia, han sido obra divina, le parecerá que carece de todas estas cosas. Para disputar de esto, quisiera, oh Cota, que me prestases tu elocuencia. ¡Cómo nos dirías tú las maravillas de nuestra inteligencia; el enlace y derivación de las consecuencias y del antecedente; la relación de efecto y causa; y cómo podemos definir cada cosa y formar de ella concepto y noción adecuada, por donde podemos entender lo que es la ciencia y qué fuerza tiene, y por qué es, aun en Dios mismo, la cosa más excelente de todas! ¡Y cuánto valen aquellas facultades, ya de los sentidos, ya del entendimiento, que vosotros los Académicos soléis negar y desterrar, con las cuales percibimos y comprendemos todas las cosas exteriores! De las cuales, comparadas entre sí, resultan las artes, útiles unas á la vida humana, y otras para el deleite. Y la que vosotros soléis llamar la señora del mundo, la elocuencia, ¡cuán excelente es y divina! ella nos hace aprender lo que ignorábamos, y enseñar á los otros lo que sabemos. Con ésta exhortamos, persuadimos, consolamos á los afligidos, libramos de temor á los aterrados, refrenamos á los indóciles, atajamos la codicia y la ira. La elocuencia nos ha enlazado con el mundo social del derecho, de las leyes y de la ciudad: ella nos ha separado de la vida salvaje y cruel.

»Y para la producción de la voz es admirable, si te fijas un poco, cuán extraordinaria máquina ha fabricado la naturaleza. Desde los pulmones va hasta el fondo de la boca una arteria, por la cual se percibe y

difunde la voz, nacida de la mente. En la boca está la lengua, terminada por los dientes. Esta forma y articula la voz, amplia y profunda, y forma sonidos de voz distintos, aplicándose á los dientes y á otras partes de la boca. Y así, los nuestros suelen comparar la lengua con un plectro, los dientes con las cuerdas, y las narices con el cuerpo de un instrumento.

»¡Y cuán hábil ministerio para muchas artes son las manos que dió al hombre la Naturaleza! Sin ninguna dificultad en el movimiento, podemos contraer ó extender los dedos, por tener tan blandas comisuras y articulaciones. Y así la mano, por el movimiento de los dedos, es útil para pintar, para fabricar, para esculpir, para arrancar el sonido de la lira y de la flauta. Y no sólo para estas artes del deleite, sino para otras de necesidad, v. gr., el cultivo de los campos, la edificación de las casas, los vestidos que cubren el cuerpo, ya tejidos, ya cosidos, y todo artificio de bronce y de hierro; de donde se infiere, que por la invención del ánimo, por la perfección de los sentidos, por el trabajo de las manos, hemos logrado todo lo necesario para estar cubiertos, vestidos, y sanos y seguros, y para tener ciudades, muros, domicilios y templos.

»También por obra humana, es decir, de las manos, encontramos variedad y copia de alimentos. Los campos producen muchos que, ó se consumen en seguida, ó se reservan para que el tiempo los mejore. Y además nos alimentamos de las bestias terrestres, acuátiles y volátiles, cogiendo unas y criando otras. Domamos á los cuadrúpedos, cuya rapidez y fuerza acrecientan nuestra propia fuerza y celeridad. Impo-
nemos á las bestias el yugo y la carga; convertimos en utilidad nuestra el agudísimo sentido del elefante y la sagacidad de los perros; arrancamos de las eu-

trañas de la tierra el hierro, tan necesario para cultivar los campos; encontramos las ocultas venas del cobre, de la plata y del oro, útiles y hermosas; y cortando los árboles y toda madera cultivada y silvestre, encendemos el fuego que calienta el cuerpo, y mitiga la aspereza de los manjares, ó bien nos servimos de la madera para edificar techos que nos defiendan del frío y del calor. Grande es su utilidad para la construcción de navíos, que con sus viajes nos traen de donde quiera todas las cosas necesarias á la vida humana. Tenemos el gobierno de las cosas más violentas que naturaleza ha producido, el mar y los vientos, y las regimos por medio de la ciencia náutica, que nos hace señores del mar. Amplio es también nuestro dominio sobre los bienes de la tierra. Gozamos de los campos y de los montes; nuestros son los ríos, nuestros los lagos; sembramos las mieses y los árboles; con los riegos damos fecundidad á la tierra; forcemos ó dirigimos el curso de los ríos; y finalmente, con nuestras manos nos esforzamos para producir en el mundo creado una nueva naturaleza.

»Y qué, ¿la razón humana no ha penetrado hasta el cielo? Nosotros solos entre los animales conocemos el nacimiento, el ocaso y el curso de los astros: el género humano ha hecho la distribución de días, meses y años; ha conocido los eclipses del sol y la luna, y llegado á predecir para en adelante cuáles y cuántos y en qué tiempo han de acaecer. Por esta consideración ha llegado el ánimo al conocimiento de los Dioses, del cual nace la piedad, y con ella la justicia y las demás virtudes, que son fundamento de una vida feliz, igual ó semejante á la de los Dioses, y que en nada les cede sino en la inmortalidad, que no es esencial para la vida feliz.

»Con esto creo haber probado bastante cuánto ex-

cede la naturaleza del hombre á la de todos los animales. De donde puede inferirse que ni la figura y disposición de los miembros, ni la fuerza de la mente y el ingenio han podido ser obra de la fortuna. Resta enseñar y defender que todas las cosas que existen en el mundo, y de que los hombres usan, han sido echas y creadas por causa de los hombres.

»Y en primer lugar, el mundo mismo ha sido hecho por causa de los Dioses y de los hombres, y cuanto en él existe ha sido creado para utilidad de ellos, porque es el mundo una especie de casa ó de ciudad común á los Dioses y á los hombres, que siendo los únicos racionales, son también los únicos que viven conforme al derecho y á las leyes. Así, pues, del mismo modo que debemos pensar que Atenas y Lacedemonia han sido fundadas por causa de los Atenienses y Lacedemonios, y que todo lo que en estas ciudades existe, con razón se atribuye á los pueblos, así cuanto existe en el mundo se ha de atribuir á los Dioses y á los hombres.

»El ámbito del sol, de la luna y de las demás estrellas, aunque contribuye á la armonía del mundo, sirve también de espectáculo á los hombres, porque no hay espectáculo más eternamente hermoso, ni que más muestre razón y prudencia. Por su curso hemos conocido la variedad y mudanza de las estaciones, y si el hombre sólo los conoce, natural es que hayan sido hechos por causa del hombre.

»¿Y hemos de creer que la tierra, henchida de mieses y de todo género de légumbres, que con gran prosióon arroja, las ha engendrado por causa de las fiestas ó de los hombres? ¿Y qué diré de las vides y de los olivos, cuyos abundantes y alegres frutos nada tienen que ver con las bestias? Porque los brutos no tienen inteligencia alguna de sembrar, ni de cultivar, ni de se-

gar á tiempo, ni de coger los frutos, ni de guardarlos y madurarlos, y toda esta diligencia y cuidado es propia de los hombres.

»Por tanto, así como decimos que las liras y las flautas han sido inventadas por utilidad de los que pueden tocarlas, así hemos de confesar que estas otras cosas sólo pueden haber sido dispuestas para los que saben usar de ellas, y no hemos de decir que por causa de las bestias, aunque también las bestias roben ó arrebatan algo de ellas. No cogen los hombres el trigo para los ratones y las hormigas, sino para sus esposas, hijos y familiares. Y así las bestias gozan furtivamente, como he dicho, pero sus dueños clara y libremente. Hemos de confesar, pues, que para ellos fué ordenada tan maravillosa abundancia y variedad de frutas, no sólo agradables al gusto, sino también al olfato y al aspecto, goces que la naturaleza sólo á los hombres ha concedido. Y hasta las mismas bestias han sido engendradas para el hombre. ¿Para qué sirven las ovejas, sino para que con su vellón cardado y tejido se vistan los hombres? Y es lo cierto que sin el cuidado humano no podrían ni alimentarse, ni sustentarse, ni producir fruto alguno. Y en los perros la fidelidad en la custodia, el amor y halago que tienen á sus amos, el odio á los extraños, la increíble sagacidad de narices para seguir el rastro, la destreza en la caza, ¿qué otra cosa significan sino que han sido engendrados para utilidad de los hombres?

»¿Y que diré de los bueyes, cuya espalda misma declara que no han nacido para llevar carga, al paso que su cerviz ha nacido para el yugo, y lo fuerte y ancho de sus hombros parece que los destina para tirar del arado? Y aun en la edad de oro, según cuentan los poetas, los bueyes, sin que se les obligara con ninguna fuerza, quebrantaban por sí mismos los terrones,

»hasta que nació de repente la férrea prole de los hombres, y se atrevió á fabricar por primera vez la funesta espada y á gustar de las entrañas del becerro vencido y domado.» Tanta era la utilidad que sacaban de los bueyes, que tenían por delito alimentarse de sus entrañas.

»Largo sería referir las utilidades de los mulos y de los asnos, y aun del cerdo, aunque no nos suministra más que comida. De él dice Crisipo, que para que no se pudriera, la naturaleza le dió el alma en vez de sal, y por ser animal tan útil para el alimento humano, nada más fecundo que él engendró la naturaleza. ¿Recordaré la multitud y la suavidad de los peces ó la de las aves, que á veces nos causan tanto deleite, que no parece sino que nuestra Providencia fué epicúrea? Sólo la razón y destreza de los hombres alcanza á cogerlas, y aun podemos sospechar que ciertas aves sólo nacieron para servir en los augurios.

»Cazamos también las bestias crueles y feroces para alimentarnos de ellas y para ejercitarnos en la caza, semejante al ejercicio de la guerra; y para valernos de ellas domadas y amansadas, como sucede con el elefante. Y de sus cuerpos aprendemos muchos remedios para enfermedades y heridas, así como de ciertas hierbas y plantas, cuyas virtudes hemos conocido por el uso y experiencia de un tiempo muy largo. Si con el entendimiento, aun más que con los ojos, recorremos la tierra y los mares, veremos espacios fructíferos, y campos numerosos, y montes densamente vestidos de árboles, y pastos abundantísimos, y corrientes marítimas de increíble rapidez. Y no sólo sobre la tierra, sino también en sus senos más íntimos y tenebrosos, se ocultan muchas cosas útiles, que nacidas para utilidad de los hombres, sólo los hombres encuentran.

»Esas mismas razones que a cada uno de vosotros os mueven quizá á contradecirme y reprendirme (á Cotta, porque Carneades solía prorrumpir en invectivas contra los estoicos; á Veleyo, porque de nada se burla tanto Epicuro como de la predicción de las cosas futuras) me parece una nueva confirmación de ser la providencia de los Dioses la que cuida de las cosas humanas. La adivinación aparece en muchos lugares, tiempos y ocasiones, así privadas como públicas, y aun más en éstas. Muchas cosas ven los arúspices, muchas preven los augures, muchas declaran los oráculos, muchas los vaticinios, muchas los sueños, muchas los portentos; y por tales avisos celestiales han resultado muchas utilidades á los hombres y á la república, y muchos peligros han sido ahuyentados. Esta facultad, arte ó naturaleza, de saber las cosas futuras ha sido concedida solamente al hombre por los Dioses inmortales. Y si cada uno de estos casos por sí no os convence, juntos todos y enlazados entre sí deberían convenceros.

»Y no sólo vela la Providencia divina por todo el género humano, sino también por cada uno de los hombres.

»Y si, por las causas que antes dijimos, creemos que los Dioses velan por todos los hombres, en cualquier parte de la tierra donde estén, y por muy lejanos que se hallen de estas regiones que habitamos; claro es que su providencia se extiende á los que habitan con nosotros estas tierras, desde el Oriente al Occidente. Y si su protección alcanza á todos los que habitan esta grande isla, que llamamos Orbe de la tierra, también á los que habitan las partes de esta isla: Europa, Asia, África. Y en cada una de estas regiones aman las ciudades, como Roma, Atenas, Esparta, Rodas; y en cada una de las ciudades aman á algunos varones

con especial predilección, v. gr.: en la guerra de Pirro, á Curio, Fabricio, Coruncanio; en la primera guerra púnica, á Calatino, Duylio, Metelo, Lutacio; en la segunda, á Máximo, Marcelo, Africano, y después de estos á Paulo, Graco, Catón; y en tiempo de nuestros padres á Scipión y á Lelio, y á otros muchos singulares varones, así de nuestra ciudad como de Grecia, de ninguno de los cuales podemos creer que hubiera sido tal sin auxilio divino. Esta razón movió á los poetas, y especialmente á Homero, para poner al lado de sus principales héroes, Ulises, Diomedes, Agamenón, Aquiles, ciertos Dioses que los acompañasen en el peligro y en el combate. Además, las apariciones de los mismos Dioses, que antes recordamos, declaran y manifiestan que ellos protegen las ciudades y á cada uno de los hombres. Lo mismo prueban las imágenes de cosas futuras, que se nos aparecen ya en la vigilia, ya en el sueño. De muchas cosas nos avisan los prodigios, de muchas las entrañas de los animales, y otros muchos signos, que con la experiencia larga han ido formando el arte de la adivinación. Nunca ha habido varón grande sin algún aliento divino.

»Y no por eso hemos de creer que si la tempestad daña á los sembrados ó á las viñas de algunos, ó si cae alguien en grande infelicidad, es á causa de que este hombre es aborrecido de los Dioses o abandonado por ellos. Los Dioses se cuidan de las cosas grandes, y se olvidan de las pequeñas. A los grandes varones les acontecen prosperamente todas las cosas, si es verdad lo que dicen los nuestros y el príncipe de los filósofos, Sócrates, sobre la riqueza y excelencia de la virtud.

»Esto es lo que se me ocurre decir sobre la naturaleza de los Dioses. Tú, amigo Cota, si oyes mi conse-

jo, debes defender la misma causa, considerando que eres pontífice y ciudadano muy principal. Y como á vosotros los académicos os es lícito defender una y otra parte, te suplico que elijas más bien ésta, y en ella ejercites esa facultad oratoria que aprendiste en los ejercicios retóricos, y perfeccionaste en la Academia. Porque es impía y mala costumbre la de disputar contra los Dioses, ya se haga con sinceridad. va simuladamente. •
